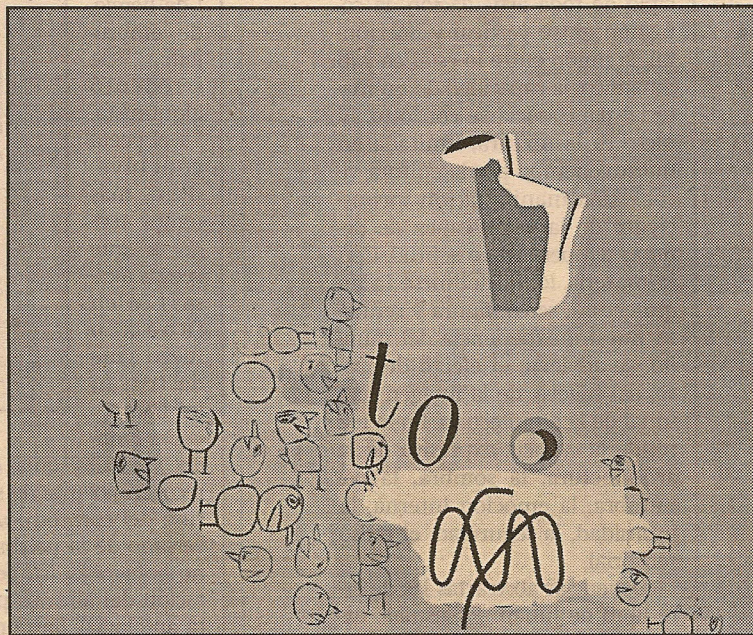


4 Artes y Letras

«El humo
de los trenes»,
óleo de
Carlos Vidal



Carlos Vidal

Maneja Carlos Vidal (Chiapas, México, 1957) distintos alfabetos en su obra. Pero, aunque también le interesa mucho la conexión entre lenguajes, no debe confundirse la suya con una tendencia semiótica purista, por más que ésta se pondere para la lectura. Su amplio repertorio incluye letras -en las que cuenta el aspecto visible o estilo-, signos icónicos y un amplio espectro de color, tan importante o más que cualquiera de los elementos anteriores, porque no sólo proporciona el campo donde los motivos se implantan, sino que añade su propio rango, acaso menos descifrable por los voluntarios niveles de ambigüedad, dada su renuncia a la esfera de las interpretaciones simbólicas. Proporciona, en cambio, la base del conjunto. Vive, vibra y acoge las vibraciones de las formas.

Pone Vidal la muestra bajo el título «Fe de errores» -lo prefiere a fe de erratas- que es igualmente el de un cuadro concreto en el que la palabra queda semioculta -una especie de testigo- bajo una mano roja cuyos dedos se dirigen hacia cinco imágenes: zapato, ojo, fuego, efe cursiva y nudo. Comprobaremos que se repiten con escasas variantes. El calzado, por ejemplo, presenta siempre el mismo modelo de tacón, como si la memoria -tal vez la de actrices de antaño- lo convirtiese en estereotipo. Alguno se adereza con calidades de cuarteado. Las cosas suelen parecer más planas que el espacio donde se sitúan, y desempeñan, en cuanto especifican, un imprescindible papel. Volvemos así a los diversos abecedarios. Con el colorido que, considerado en sí, situaríamos dentro de lo que Peirce llamaba un «qualisign», coe-

xisten otras categorías, desde las figuras -por lo menos en lo más antiguo, como «Las paredes que el tiempo desorienta»-, hasta el sistema Braille o de puntos, que luego mudan a constelaciones.

Abundan los personajes y personajillos, las cabezas y los pollitos, que pueden estar recubiertos por las veladuras ambientales, cimentadas a partir de un fondo oscuro. Se suman los caracteres con aire de vieja revista, derechos o al revés, que integran o no palabras completas (pan, «parfum»), sílabas o agrupamientos aleatorios. Ciertos títulos evocan publicaciones periódicas, raíces literarias, un toque ironía o un repunte arbitrario. Lo que no impide que «El murmurio del aire aviva el fuego» vaya en tonos calientes o «En el interior del castillo» traiga los más cerrados y densos. Vidal busca los contrastes en polípticos de cuatro o seis piezas (véanse los tratamientos de cada una en «El vuelo de las aves»). Sus desarrollos fragmentarios -no materiales, sino en lo descriptivo- recuerdan al «Pop», sin apurar similitudes, ya que, si con frecuencia admite resonancias de los medios, como contrapartida ofrece un cariz muy pictórico.

El aludido eco no supone la única referencia. Basta detenerse en un letrismo tan caro a las vanguardias históricas. Y tampoco ignoraremos, según lo apuntado arriba, un leve influjo de supuestos neoconceptuales, que no se extremen porque hay una clara materialización. Todo enlaza, desde las capas internas, físicas y psíquicas -con abundantes experiencias privadas-, y los varios factores se estructuran de modo coherente. Más que de modernidad, la actitud lúdica, atenta al argumento, expresiva a tope y colorista aconsejan relacionarlo con la posmodernidad. Con sus manifestaciones más sugestivas. A.A.